



LOA (IN)COMPLETA AL CARNAVAL DE CÁDIZ

A (in)complete Praise of the Carnival of Cádiz

Autor. Jerônimo Cavalcanti Silva
Universidad Estadual de Bahía (Brasil)
E.mail: jorgeazul53@gmail.com

Resumen:

Con el pretexto de recordar, o sea volver a vivir, la autonarrativa se convierte en el pretexto idóneo para hablar del carnaval de Cádiz. En este sentido, se opta por la loa como un discurso, incompleto, donde se tejen alabanzas a las muchas cualidades que tiene y se le atribuye a esta fiesta. No obstante, se trata de una eclosión de imaginación y alegría que invade el espíritu de propios y extraños. Durante diez días la ciudad también se disfraza y acoge a infinidad de manifestaciones creativas o gastronómicas. Trazos a través de itinerarios fingidos, en el carnaval nada es lo que parece. Por ello, el disfraz en el atuendo más apropiado y los dos colores la forma de enmascararse. La loa de una persona que sin ser de Cádiz, hace su particular inmersión y no oculta sus predilecciones.

Palabras clave: Carnaval, Cádiz, autonarrativa, etnografía

Abstract:

Under the pretext of remembering, that is, of reliving, the self-narrative becomes the ideal pretext for talking about the carnival of Cádiz. In this sense, we opt for the loa as a discourse, incomplete, where we weave praises to the many qualities that this festival has and is attributed to it. Nevertheless, it is an outburst of imagination and joy that invades the spirit of locals and strangers alike. For ten days the city also dresses up and hosts an infinite number of creative and gastronomic events. Traces are traced through feigned itineraries, in the carnival nothing is what it seems. This is why the disguise is the most appropriate attire and the two blushes the way to mask oneself. The praise of a person who, without being from Cádiz, makes his own particular immersion and does not hide his predilections.

Keywords: Carnival, Cádiz, self-narrative, ethnography.

Introducción

¿De cuántas maneras se podría empezar un artículo que versará sobre el carnaval de Cádiz? Probablemente, nada mejor que haciendo alusión a su “Credo” que, en su acepción más cotidiana, no deja de ser una declaración de fe, donde no cabe la duda, la cual es compartida por una comunidad; pero, a la vez, no deja de ser un proceder continuo que inspira su propio resultado o gran parte de su solemne ceremonia. Algo parecido escribió el papa Francisco (2020), en alusión al credo como parte fundamental y de síntesis de la fe, en este caso, la cristiana.



Pero, en relación con el carnaval, se trata de una fe que se renueva cada año, allá por el mes de febrero. Cuando la cuaresma se apodera de la idiosincrasia de los gaditanos y de lo gaditano. La eclosión se produce intramuros; ahora bien, el eco se deja sentir más allá de las fronteras perimetrales del territorium gaditanum (Bernal, 2008), en clara alusión a la *insulae gaditanae*. En este periodo de tiempo, su predicamento de hace extensible y vira un acontecimiento de ida y vuelta.

Un credo que te hace creer y crecer con el carnaval de Cádiz. Hasta Sevilla (Bautista, 2021) abre sus puertas y acoge el credo de Juan Carlos Aragón, aquel que empieza y termina así: “Creo en ti/ Oh todopoderoso Carnaval de Cádiz... Y creo en la vida eterna de los carnavales”.

Igualmente, el hecho de colocar en el título lo de loa no deja de ser un pretexto y texto repleto de alabanzas en torno a unas cualidades que le otorgamos al carnaval de Cádiz. Hemos convenido en advertir que posee su credo meritorio pero, quizás, también cuente con rasgos que lo magnifican, desde un reconocimiento internacional a un seguimiento multitudinario de aficionados y atraídos por las letras y músicas de sus coplas.

Además, el carnaval de Cádiz se ha de suscribir con negrita y subrayado. Sobresale de lo común. Una manifestación popular que se ha consagrado, ha sido apartado por su propio dios Momo, en la calle, entre brindis e intercambios de cariños y fluidos. La noche se hace día entre callejuelas del barrio de la Viña. Gente que deambula buscando su último sorbo de lucidez, pues la habían perdido durante horas. Vuelta a la normalidad, en medio de la cabalgata, papelillos y serpentinas, esa gente rumia la normalidad. La rutina se vuelve apoderar de la cuaresma y el carnaval de Cádiz, también, se hace ceniza aunque se quiera perpetuar en el tiempo. Se diluye y la máscara con su disfraz se guarda en el armario. El año que viene alguien lo hereda, lo que aquí se llama el tipo. Y dando un ejemplo de interculturalidad, de Venecia dicen que llegó la máscara y de Cuba el pito de caña o guito. Cuando hay eternos debates entre los Reyes Magos de Oriente o un papá Noel del norte, entre un *Tosanto* del sur ante un Halloween invasivo.

Cádiz daría otra lección de cohabitación de lo nuevo con lo viejo, entre lo local y lo foráneo, sí en el seno del Carnaval se fusionara lo más genuino del barrio de la Viña con el disfraz de la noche de los muertos o de las brujas, y diera como resultado una espectacular *chirihalloween* viñera. Y en vez de arrojar huevos, con un particular trato o truco, se repartiesen tortas de carnaval, con su particular sabor y aroma.

Con esta visión del Carnaval de Cádiz, que puede que lo tenga todo, sin sobrar nadie; el futuro se discute. El pensamiento neomarxista de Antonio Gramsci (1971, p. 16) se evidencia pues lo nuevo no acaba de nacer ni lo viejo de morir. Y el debate sobre el carnaval permanece.

Su conciencia teórica puede estar, históricamente, incluso en contradicción con su obrar. Casi se puede decir que tiene dos conciencias teóricas (o una conciencia contradictoria): una implícita en su obrar y que realmente lo une a todos sus colaboradores en la transformación práctica de la realidad; y otra superficialmente explícita o verbal, que ha heredado del pasado y acogido sin crítica



Unos carnapesimistas que no lo ven claro y se enfrentan con otros carnaoptimistas que optan por dejar pasar. Entre ambos, contamos con los carnarrealistas que ponen pie en tierra y advierten de lo que se puede avecinar. Ahora bien, casi nadie repara en los carnaoportunistas que, sin ver el vaso ni medio lleno o medio vacío del carnaval, optan por bebérselo sin pedir licencia o permiso.

Pero la loa queda incompleta no por lo que es el Carnaval de Cádiz sino porque falta un pasodoble o tango a las mujeres del barrio de la viña que limpiaban, o limpian, los orines de unos y otros que antes o después de deambular, trocar cariños o fluidos caminan en dirección a cualquier parte. Lo que Fernando Fernán Gómez (2003) llamaría a ninguna parte. Y no son gente de teatro sino gente que han teatralizado un momento de su vida y eso, en definitiva, es Carnaval.

Un posible itinerario

Y no vale con caminar iluso pensando que todas las calles llegan al mar. En Carnavales el caminar concéntrico te lleva de un lugar dispar. Te desvía de tu destino, es centrípeto y cuando menos te lo espera te encuentras en un lugar contrario a dónde tenías intención de ir. En ocasiones, te quedas aislado en compañía de un montón de desconocidos.

Y digamos. De un imaginario lugar en una plaza que emula la fachada del carnaval juegan los niños, mientras los adultos van disfrazados. En línea recta, varias cuadras hacia el norte, unos van caminito del Falla (Salguero, 2020). No es complicado llegar, lo más inteligente es seguir a la multitud que, a su vez, acompaña a la agrupación. Estandarte en mano dicen venir del norte, vestidos de vikingos en pleno sur de Europa. Llegado a la puerta trasera del teatro, la concurrencia se deshace. Bares llenos de gente que hablan y ríen. La observación se apodera del diálogo. Toda una lección magistral de comunicación gestual (Davis, 2010). La observación se ciega discerniendo entre algunos disfrazados y otros de difícil enunciado. Pero todavía no es carnaval. En la escena del Gran Teatro las noches se suceden con dilatadas sesiones que se intentan ajustar a la cotidianidad de los que trabajan, o no. En el jurado se disfraza la normativa de hierro con gazapos que se corrigen. Por lo que, año tras año, en cierta medida, el reglamento cambia. ¿A mejor o peor? Digamos que cambia, que ya es bastante. La lección en este caso nos la ofrece Baltasar Gracián (Gracián, 2003, p.25) quien sostiene su verdad, posiblemente, trasladable cuando afirma que: “No consiste la perfección en la cantidad, sino en la calidad”.

Lejos voces discordantes se alzan. Resuenan tambores aguerridos. Palabras que el viento se lleva o se tornan patadas en el vientre. Cerca los corrillos alzan la voz. Pero se callan cuando hay que gritar. Probablemente, sean sabios. Hablan bajito para que se les escuchen con atención. Es decir, la disputa está servida. Hay vida, hay sensaciones, hay puntos de vistas que ofrecen perspectivas diversas. De la C a la Z (por lo de Cádiz) pero faltan dos letras.

Y son las letras del carnaval de Cádiz las que trazan este posible itinerario. Sin ellas, este carnaval no sería tan singular. Y las letras del carnaval son genuinas. Dicen las cosas sin decirlas. Se intuyen y se espera la amenaza de un disparate para tornarse copla.



Y los poetas no se llaman poetas, pues no hay ventanilla o facultad dónde se asigne este carné. Prefieren ser considerados copleros o letristas. Sin menoscabo, son poetas que riman, commueven y, hasta, te hacen reír. Es un claro ejemplo de la poesía unida a la poiesis (Lledó, 2010). El ingenio unido al espectáculo de la música... Y las musas de las letras y la inspiración que pasaban por ahí, se quedaron para siempre. E, insistimos, todavía no es carnaval.

Un mes o mes y pico de coplas resuenan. Se narra la vida y obra de personajes, se recrean acontecimientos, se valoran rincones que maravillan a los escuchantes; se critica y se lamenta. Ya no vale con oírlas, se requiere atención. Por eso, alguien manda a callar, sí a callar, con un simple: “vamos a escuchar”. La verdad es que hay que callar para dejar ver. Y desde entonces, el cinematismo de Serguei Eisenstein (1982) se hace valer, a partir de que hay que ver el sonido y escuchar la imagen.

Noches de coplas y noches de radio, también, de televisión. Entre las emisoras locales y la autonómica. Tranquilidad pues se escucha carnaval. No es nada lo que parece. Pues parece que es carnaval y para muchos cuando cae el telón en la gran final, todo se acaba. Para ellos, no hay dios Momo ni apenas carnaval en la calle. El itinerario tiene un recorrido muy corto. Los sonidos del carnaval se empiezan a diluir entre los muchos días que demora el concurso. Un hecho que es realidad, pues puede llegar a ser uno de los concursos más largo del mundo. Nuevas coplas que cada año se renuevan hasta el infinito. Al igual que los comentarios de los amigables y detractores.

Un ritual que se repite, conformando parte de la liturgia. Lo sagrado y lo profano del carnaval sin salir a la calle.

Otros tantos itinerarios

En un posible epicentro del carnaval de Cádiz, en plena plaza de San Antonio, alzado el telón con un fondo de estrellas en el cielo, empieza el pregón. Mucha gente se agolpa para acompañar un tremendo boato con luces, voces, coplas y colores. Un abanico de benditas coplas que hacen estremecer. La voz conjugada con la rima y el ritmo de la voz, emociona y agita al espectador.

Tras el pregón, oficialmente, el carnaval de Cádiz queda “inaugurado”. Y, a partir de este momento, todos los caminos no llevan a ninguna parte. Las partes se subdividen por esquinas o espacios semiabiertos donde las agrupaciones se dan cita. Es curioso. Otro carnaval, este de la calle, pues tiene otra esencia, otro compás y otras agrupaciones a las que vimos o escuchamos en el Falla. La celeridad del mundo se detiene. Es una especie de *speech* a modo de *slow*. Se camina despacito, pues es inevitable ante tal avalancha de gente. Botellas en mano o ya con el líquido ingerido, uno aprende que existe diferencia entre beber y libar. Beber resulta vulgar en el carnaval de Cádiz. Libar se torna una cualidad.

Aquí y ahora los que están en Cádiz, pues es complicado saber el porcentaje de oriundos y foráneos, hacen del carnaval su religión. Tal y como expresa Néstor Marqués (2020) refiriéndose a la antigua Roma; en Cádiz existen ritos y supersticiones. Y se espantan a los malos augurios con dos colores pintados. Por lo cual, se vive y bebe el carnaval de Cádiz.



El paseo se hace en volandas. Es difícil poner los pies en la tierra. La luna se nubla ante la mirada de un cartel que gusta igual que disgusta. Otra vez, los comentarios se alzan; pero ya nadie escucha pues ahora el carnaval está en la calle. No les pertenece a los municipios ni hay ordenanza que rija el cantar en la calle. Se continúa por la noche, día y tarde. Ese pueda que sea el orden. Ya que el mayor envite se produce en la noche y el lugar se diseña en una imaginaria línea irregular que va desde la Viña hasta el barrio del Pópulo. Camino ya no del Falla sino por los callejones, la plaza de la Flores o la Catedral. La realidad y la irrealdad coexisten. El amorío y la desazón de una mirada se diluye. Ahora no tiene valor, pues el pragmatismo es, o no, la moneda de cambio. La teoría de la seducción no vale. Puedes haber sacado nota diez en la vida cotidiana pero, ahora, en cualquier esquina es la praxis veloz la que se libra de la congoja. Una sonrisa vale más que la moneda de la equidad que abanderan los románticos. No existe blasones, el disfraz te delata y la noche se continúa.

Y continúa la copla en la esquina con sus juegos de palabras. Y quien no tenga uso habitual de la lengua vernácula se queda en la anécdota. Nos debe dar igual, pues reímos y sonreímos. El grupo se articula en semicírculo. Las voces no se callan ni con la multitud. Ahora no se pide silencio. Aquí se habla y se graba con los teléfonos. No hay movimiento de nadie pues no se puede ir de un lugar a otro. Saturada la calle, se ha de esperar que la multitud te lleve. Y, a veces, no entender es mejor que entender. Lo que se escucha es la multitud y de fondo a los de las agrupaciones familiares, callejeras o ilegales. Éstas en su mayoría no acudieron al concurso oficial en el Falla y cantan con un formato más abierto y no tan reglado. Por eso, no hay gran cosa que entender. ¿Para qué? No es el Falla y aquí no hay fallo del jurado. La calle no lanza veredicto. La calle escucha con ruidos de gente que no enjuician, solo se divierten. Es una faceta del carnaval en la calle.

Lo de la cultura *slow* se aletarga en aquella esquina y todo sucumbe en la locura de la copla que no se escucha, se intuye y es, hasta, mejor. Un divertimento doble: el escuchar una parte e imaginar la otra. Y eso forma parte de este carnaval. El que se llama de la calle. Pues el escenario es la calle y el decorado, en apariencia, es esa misma calle pero que cambia de fachada, de casapuerta y de gente que te terminan rodeando y paralizándote una vez más para escuchar, lo que se pueda o dejen.

La mayoría están disfrazados. Raro es el que no los porta. Los hay de confección propia y los que se notan que están comprados, en ese preciso momento, para incorporarse al itinerario del carnaval de la calle. Hay disfraces que debes imaginar lo que no es. Otros se olvidan en el instante, pero aquellos que permanecen son los de las agrupaciones en los que se fija la mirada. Son pequeñas grupos de no más de diez componentes. Casi todos visten igual menos un que suele ir en el centro. Ni más ni menos. Y así se sabe quién es el que dirige. Lleva la voz cantante. Y nunca mejor dicho. Apenas se acompañan de instrumental: guitarra, caja y bombo. La guitarra, ya saben lo que es. La caja es un tambor mientras el bombo es eso, lo que imaginan. Y todos estos instrumentos junto con las voces y las letras. En ocasiones, introducen dos palos a modo de clave, que dan el ritmo.

Tras muchos desvanecimientos porque las piernas se tueren después de tanto tiempo ir en volandas. Cambias de destino cuando querías seguir hacia delante y resulta



que estás de nuevo al principio de la misma calle. No hay tregua pues el que va vestido de soldado raso con trompeta en mano no para de hacerla sonar. Nadie le dice nada. Es inevitable y la muestra de cortesía se apodera del proceso. Todos en fraternal hermandad, no se sabe cómo y en menos de diez minutos, se cambió la agrupación y todas las piezas que componen el rompecabezas de la calle se rehacen. De repente, la peripecia hace que te encuentres en otro lugar que no conocías.

Acabando en cualquier parte, solo o en compañía (que por cierto es el nombre de una de las calles trazadas en el itinerario), escuchas cantar canciones del carnaval de otros años. Se habla de un pierrot perdido por la Alameda, de una caracola en la Caleta, de una forma de llevar los pasos en la Semana Santa en Cádiz... Y todos acaban cantando a un barco sobre la bahía gaditana.

Otro día

Despertarse temprano en el domingo de carnaval es una experiencia atrevida y díscola. Ver las caras de la nocturnidad en retirada, de la alevosía, de los excesos, invita a reflexionar sobre el poder de las masas, las concentraciones que viran multitudes y de los comportamientos de los seres humanos. La suciedad empaña el paisaje urbano. A la ciudad la han disfrazado y mal perfumado. No hace falta tener la nariz privilegiada de Jean-Baptiste Grenouille en el bestseller *El perfume* de Patrick Süskind (2008). El olor echa para atrás, buscas y trazas otro itinerario exento de tanto exceso. Está delimitado en las calles del itinerario y alrededores. En honor a la verdad, existen en lugares estratégicos servicios públicos.

La noche de sábado parece que deja paso al primer domingo de Carnaval. Pecadores e infieles vestidos de cualquier manera vuelven a sus lares con sus ropas rasgadas y sin apenas colores. Sacerdotes disfrazados sujetan un báculo ya estropeado, junto con futbolistas melenudos que han perdido el balón y aparentan estar buscándolo. Nadie los cree pues todos saben que es carnaval. Saliendo de la calle que fue escenario de miles de compases, ahora llega uno de sus moradores y desatinado busca las llaves en sus pantalones que se esconde tras un disfraz indecente.

Sentado en el escalón el joven se recupera después de aliviarse. El grupo de plácidas amigas conversan rímel corrido y colores estallados por todo el rostro. Dos de ellas caminan zapatos en mano. Una bonita fotografía, pues no se han quitado los gruesos calcetines multicolores. En la intersección de dos calles conocidas en el errante caminar de este loador del carnaval de Cádiz vuelve un romancero con el tablón en los hombros. Solo va este verdadero artífice del desenfreno. Sus rimas díscolas y situaciones inusitadas retumban en los huecos que se buscaba para poner en evidencia su pericia. Hacer reír a la multitud. Ahora camina abatido y solo. Ya nadie le mira pues su tiempo ha terminado. Descansar y recuperar fuerzas para continuar, a saber, con su artificio de mago con fusta en mano, dibujante de cómic tamaño gigante y de voz rota. La réplica y la complicidad del público, ahora que ya no hay apenas nadie en la calle, se ha tornado anónimo.

El sol se va apoderando de la situación. Las calles quieren volver a su estado natural. Fueron baldeadas y, hasta, desinfectadas. Se recuperan pronto y permiten el tránsito normal de los viandantes. Se ven llegar los primeros excursionistas. Con acento



andaluz del interior. Han llegado demasiado pronto para ver los coros por las calles y otras agrupaciones. Me preguntan y le explico que hay diferentes rutas para no centralizarlo todo en la zona de la plaza de Abastos. Se van con la sensación de preguntarle al menos indicado.

Tomarse un café no es fácil. No son muchos los bares abiertos. Pero se encuentran. Y te toca compartir mostrador, pues todas las mesas están llenas de disfrazados, disparatados y sonámbulos. Lo bueno está en escuchar lo que se puede de las conversaciones de las diferentes personas que están en el bar. Es verdad que cada uno tiene su universo. E imagino, ¿cómo serían estas personas en su día a día? ¿En qué trabajarían? ¿Cómo son? ¿Resultarían interesantes? O ¿todo es un carnaval, fruto de la fantasía?

Casi medio día y empieza a tomar color y calor el domingo. Color pues hay gente en la calle y calor pues el sol vence a la humedad. Empieza a costar el caminar. Aparecen los puestos de globos y demás enseres que dan cierta alegría a la calle. Llegan los primeros componentes de las agrupaciones para empezar a cantar en las calles. Se empieza a ver de nuevo la alegría. Pero el público es otro. Son personas más mayores, algún que otro matrimonio con niños y, también, los incondicionales que tienen una rápida carga de energía. El sol se ha apoderado de las plazas. En un tramo muy pequeño de espacio se puede pasear por tres de ellas. La del Palillero, la de las Flores y la de Abasto. Se siente el ambiente. Va creciendo y tomando pulso el carnaval. La gente de nuevo cubre las calles. En lugares que se alzan sobre el gentío se aglutan las agrupaciones callejeras y cantan, se alternan y producen el deleite de los presentes. Ahora sí, de nuevo esto suena a carnaval de Cádiz. El escenario es la escalinata del edificio de correos.

La gente responde; está entregada. Son de muchas partes, pues los acentos se perciben que no son de la ciudad de Cádiz. Andan un poco despistados y algunos consultan el móvil para ver hacia dónde dirigirse. Da igual, disfrutan. Cada vez más agrupaciones y gente. Un ideal laberíntico de nuevo se torna realidad pues las calles están tan tumultuosas que hay que imaginarlas.

Apenas existen personas que manifiesten un estado de embriaguez preocupante. Todo se disimula más y mejor. Es carnaval y forma parte del comportamiento. Mientras en el sábado todo era manifiestamente anormal. Hoy es domingo y la calma chicha se acentúa. La comida es una preocupación, pues todo está abarrotado. Avanza la tarde y cambia el panorama. Los coros en la calle, gente por todos los lados y agrupaciones que no paran de cantar y hacer reír. Es increíble. Si la loa es un canto de alabanza, ¿qué es lo que hacen las agrupaciones continuamente? Estamos ante una exaltación de *gaditanidad*. El cumplido se queda corto en la loa. Es continuar sin parar.

Mismo día en otro lugar

Nunca supe cómo se averigua el horario de salida de la cabalgata. Hay una especie de consenso que cuando veas a la gente empezar a irse hacia la zona de Puertas de Tierras; has de seguirla. Es fácil comenzar a sentirlo. Es una sensación. De modo que, el caminar se inicia en cualquier lugar de la parte histórica de la ciudad para avanzar hasta dónde puedas encontrar un sitio para verla pasar. El gentío de nuevo es impresionante. Las sillas



en las primeras filas para verla desfilar están todas cubiertas. El resto se ubica por detrás de ellas.

Las agrupaciones se incorporan. Debe ser algo relacionado con el principio de la ubicuidad. Pues los habíamos dejado en las plazas y calles del centro de Cádiz y, ahora, están perfectamente organizados en sus carrozas o a pie. Pero, además, el principio se complica pues se han multiplicado. Ya no están solo los componentes. Andan rodeados de sus respectivas parejas y sus hijos. Una imagen de belleza singular, propia de la participación e interacción. Es algo vinculado con la inclusión de todos y todas.

Así llama la atención aquellos con edad más que justificada para estar de este lado de la cabalgata y los ves disfrazados, energéticos y en plena eclosión. La fantasía del carnaval debe funcionar como el mejor de los remedios. Es la parte terapéutica que, también, conforma parte de este espectáculo. Infinidad de personas. Una lección de participación intergeneracional. Un sinfín de personas conjuntadas o haciendo alarde de su esplendor físico. No paran de interactuar con el público. Los chistes y burlas se suceden. Me quedo con esta parte. Una función catártica. Los enunciados manifestados por Andrzej Szczeklik (2010) en su libro “Catarsis. Sobre el poder curativo de la naturaleza y del arte” aquí se ponen a prueba. Es una evidencia práctica e incuestionable, de magia y de herencias invisibles del pasado. Se descubre que la decoración, a modo de serpentina, tiene un pasado remoto.

También los griegos, hace miles de años, adornaban con cintas el torso de los vencedores de las olimpiadas, la proa de las naves y los brazos de las estatuas para dar lustre a los momentos raros y festivos. ¿Qué eran «estas vendas, estas cintas aladas y vanas?». Eran la manifestación de la red en el mundo, el recordatorio de nuestro destino común, de los lazos que lo unen todo con todo, la exhibición de los hilos de la urdimbre que otorga sentido a nuestra vida. (Szczeklik, 2010, p. 14)

El pasar rápido del cortejo imprime su carácter. No hace falta más. Hace frío y todo lo justifica. La vuelta al centro es la siguiente llamada. Todos saben que ahí se continúa la fiesta. Además, en la parte histórica existen corta vientos naturales: son sus casas.

La noche está presente y estamos en el mismo lugar que habíamos dejado para la pausa de la cabalgata. Ahora, es otro público. Muchos emprenden la marcha a sus lugares de origen. Van disfrazados camino de la zona del puerto de Cádiz. Creo que nos miran como diciendo: ustedes son los elegidos.

Perdidos de nuevos entre las calles, las coplas se continúan. Algunas gargantas se resienten. Pero ahí está la *parade*, un continuo de gente, disfraces y coplas. Un desfile que no te hace que te quedes parado, ya que el movimiento conforma parte de la pericia de ver y participar.

Este mismo día, tan agitado y lleno de impresiones, llega a su final. Estamos cansados y con los pies doloridos. Casualmente, la casa está en el centro. No hay que caminar mucho. La gente vuelve, más que las que llegan al centro. Es normal.



Un día largo, desde muy temprano en la calle. Mejor dicho, todo el día en la calle. Sin parar. Hay que administrar bien las fuerzas pues mañana es fiesta local y se vaticina más y mejor.

La semana larga

No es nada complejo imaginárselo. Toda una semana de carnaval hasta el próximo fin de semana. Cuando sabemos que el martes todo decae y se cierra. Fin de fiesta. Quema del dios Momo y de la bruja Piti.

El lunes es fiesta local. Buena forma de empezar la semana larga. Es normal, pues hay que recuperar fuerzas y dejar que los cuerpos se relajen un poco. Han sido muchas emociones seguidas. Han sido caminatas interminables. Ha sido un comienzo del carnaval frenético. Y el lunes empieza igual. Poca gente en la calle y, de vez en cuando, algún rezagado que retorna ya mal maquillado o vestido. Las noches largas se reencuentran con un lunes fugaz. Pero comienzan los recorridos de los coros. Y, ahora, si hay más gente. No lo podría asegurar, sin embargo, ellos se conocen, caminan en grupo y el acento es de “cai”. Estimo que, mayoritariamente, son lugareños.

Hoy se disfruta de otra manera. Nada que ver con el gentío del primer fin de semana. Sinceramente, la loa habría que hacérsela al lunes de coros, como aquí se llama. Un placer, que cuenta con mucho público, además de las agrupaciones son las mismas y los coros cantándole a su gente. Sabemos que hay degustaciones gastronómicas. Nos acercamos y comprobamos cómo se comparte de otra manera el carnaval. La geometría imperfecta formada por las plazas de Cádiz puede llegar a poseer la estructura de un pentágono: de la plaza de las Cruz Verde, a la plaza de Abasto, pasando por las Flores, el Palillero y San Antonio. Líneas imaginarias en forma de calles que unen los espacios por San Francisco, por Ancha, por San José, por Sagasta o por Sacramento. Caminos que se hacen al andar perdidos detrás de un coro o buscando un lugar donde escuchar a las agrupaciones.

La tarde se echa encima. Nadie se quiere retirar. Guardianes de su carnaval, cientos de personas se concentran entre las plazuelas o callejas. Niños disfrazados que ahora son portados por sus progenitores. No obstante, en el suelo se ven muchas menos botellas y algunos que otros vasos de plástico con resto de bebidas. Papelones de pescado con restos y grasa de la fritura atiborran las basuras. Bolsas de plásticos y muchos menos papelillos o serpentinas.

La noche está con nosotros, las agrupaciones no paran y los cuerpos normales se desgastarían. Una retirada a tiempo, mejor que el agotamiento para el día siguiente.

La tarde del martes es muy tranquila. Apenas hay gente. Todos los caminos te llevan a la plaza de San Antonio donde irán a quemar al dios Momo. Momo, con su larga tradición de griegos y romanos, se hace cargo de su herencia sarcástica y de agudeza irónica. La burla al poder de un dios al que se va a quemar. Tras un ligero y dinámico pregón, Momo baja a la tierra de Cádiz y se inmola. Es decir, el personaje de Momo quema al dios Momo. Algo que no se le hubiese ocurrido a la mitología griega. Una manera de describirlo de antaño que al parecer pervive:



Tenía Momó la cara aplanchada, la nariz grande, y salida, los ojos saltados, el uno más que el otro, el uno bizco, y el otro lagañoso, mirando cada uno por su parte, el cabello confuso (cuya greña, enseñara un capuz melancolía) y con todo ello descubría oscuramente en su semblante su donaire, las barbas tenía crespas, que le nacían entre las arrugas, encima de las mejillas. (Noydens, 1666, p. 311).

Tras la quema del dios Momó, la noche de coplas se continúa. Bajar unas calles y llegas al barrio de la Viña. Ahora se escucha el carnaval. Ahora de vive y bebe de otra forma. Ahora me siento en casa.

El miércoles y jueves, la actividad se centra en un barrio antiquísimo de la ciudad: el Pópulo. Es estrecho y circular sin ser concéntrico. Pero aquí los romanceros toman la calle y la lucidez que uno quiere encontrar en el espectáculo de la calle se diluye definitivamente ante los carteles que escenifican episodios de la vida local, nacional o internacional. Estamos ante un despliegue de imaginación inusitado. Una forma de proceder en solitario o en conjunción con otro. Una manifestación de tantos romanceros juntos que pocas veces se habrá visto en directo. De rima libre, libre se hace la rima y se habla de todo sin tapujos ni censura. Es efímero y el golpe de gracia fluye en cualquier momento. Debes estar atento. De lo contrario, la palabra se la lleva el viento.

La Viña aglutina su potencial en el Corralón de los Carros, con una tremenda eclosión de juventud, y en la calle de la Palma, ante un escenario por la que pasan la mayoría de las agrupaciones. Algunas de ellas muy esperadas. Mientras que los diferentes tablados de la ciudad centran su interés para los viandantes que se dan cita. En la Plaza de San Agustín hay coplas y premios. Es un lugar muy pequeño pero acogedor. Cada rincón de la ciudad tiene su relativo protagonismo, incluso, con pequeños concursos.

Último fin de semana

De nuevo es viernes. Las agrupaciones se apoderan de la calle. De nuevo el bullicio se establece en la ciudad. Discurrir de un lado a otro, en determinados lugares, puede llegar a ser complicado. La atención se centra durante la noche. El viernes es un día muy especial. Se prepara el último fin de semana. Hace falta estar en plena forma física para afrontar la recta final de la fiesta del carnaval. De la Viña al Pópulo, pasando por los Callejones. Existen bares e improvisaciones que venden de todo; se suceden en nuestro caminar.

El sábado desde el mediodía los niños (y niñas) están apoderándose de las calles y plazas de la ciudad de Cádiz. Es muy agradable pasear y verlos. Es difícil resaltar un disfraz, todos son llamativos. Pero destacaría unos gemelos vestidos de afamados muñecos de la televisión infantil. Inevitablemente, el gentío se va haciendo más considerable.

Por la tarde, ha surgido de manera improvisada, un grupo grande de disfrazados se aglutan a modo de cabalgata del humor. En su desfilar desenfadado cualquier calle estrecha del centro valdría para verla y acompañarla. Ya que, la invitación a desfilar con ellos es una constante. Da la sensación que algunos nos incorporamos sobre la marcha al grupo. Todo sucede muy rápido pues el discurrir es frenético. Se acercan a los espectadores, bailan junto a ellos, te toman de la mano y no puedes negarte a introducirte



en su bloque de disfrazados. Sin conocerte la invitación está abierta. Entre risas, y más risas, paulatinamente, el grupo se diluye. El son de la caja y el bombo ha sido el causante. Pero aquella música contagiosa se acaba perdiendo entre las calles. El itinerario del fin de semana se diversifica. Hay para todo.

La noche continúa. Esto ha sido algo anecdótico, como un destello rápido que te nubla alegremente. Pero las calles están llenas de muchos visitantes. No se llega al número del primer sábado, pero hay zonas que no se puede caminar. No te llevan en volandas, aunque la presión de la multitud y los disfrazados te aproximan, irreversiblemente, a las agrupaciones. Las coplas vuelven a sonar y la dinámica es algo similar; ahora bien, con la variante que se tiene la sensación que hay menos público.

La noche se hace eterna. No hay quien se canse. Las voces resuenan, los decorados, a modo de forillos, continúan siendo los mismos edificios de la ciudad. Cualquier escalinata se aprovecha: es el escenario perfecto. Las agrupaciones se confunden con la multitud. La intención de ir de la Viña al Pópulo es una opción ideal, ya que de la charanga familiar al romancero pasando por alguna que otra chirigota que con voces, guitarras y claves hacen el deleite de propios y extraños. Lo mismo que el fin de semana pasado, nada es lo que parece.

El levantarse temprano ha sido una buena manera de presentarse ante el nuevo día. Aparecen cuerpos que caminan de retirada tras una noche interminable. Siluetas que se van perdiendo entre calles que empiezan a ser iluminadas por el sol de febrero. Sobre la hora de comer, los planes se centran en las atracciones gastronómicas. Hay pescado y otras delicias. Pero sentarse en un banco en la plaza de Candelaria es un placer. Entre descansar y ver a los demás divertirse. El tablado de la plaza empieza a estar abarrotado de público.

En esta plaza hay como tres zonas visiblemente demarcadas: a) la del tablado con las actuaciones de las agrupaciones carnavalescas. b) la zona donde se colocan para servir el pescado frito y c) un lugar neutro para que las personas puedan sentarse a degustarlo. La gratuidad es un aliciente más para que el espectáculo del carnaval se viva con los cinco sentidos: vista (gente y disfraces...), oído (coplas e infinitad de sonidos...), gusto (variedad o surtido de pescado frito...), olfato (el del pescado y la fritura...) y el tacto (tocar diferentes superficies en una plaza hasta que te entregan un cartucho de papel con el pescado...).

La tarde hace acto de presencia. Se ha de cambiar de lugar pues esta plaza pierde su protagonismo. Cerca se escuchan las agrupaciones y es fácil acercarse a ellas. La noche hace gala de lo que se avecina. Un fin de fiesta con fuegos artificiales. Renunciar a ello es algo imperdonable, pero hay tanto gentío en las calles que se llegan a escuchar y se intuye el resplandor en el cielo. El tener que seleccionar es un ejercicio de elección donde uno se posiciona.

La noche se alarga. Y todo parece ir apagándose poco a poco. Persisten en algunas esquinas las agrupaciones. Son, sinceramente, incansables. Existe, todavía, gente disfrazada. Se vislumbra que mañana la rutina se volverá a apoderar de la ciudad y de los vivimos en ella. El carnaval no se agota; opta por descansar entre nosotros.



La prolongación

Y cuando parecía haber returnedo a la normalidad, en el próximo fin de semana se renueva el espíritu de carnaval ya en plena cuaresma. Los más “jartibles” se lanzan a la calle y vuelven las coplas. Una nueva oportunidad de retomarlas. Un pretexto para volver a estar por las calles de Cádiz. No se ha de levantar muy temprano. Basta con llegar después del desayuno, de la lectura de algún periódico local o de la conocida como vuelta gaditana por el centro de la ciudad. En principio no habrá mucha gente pero, de repente, las calles y plazas se llenan. Antes del almuerzo el aspecto es algo parecido como al del segundo domingo. Hay personas de afuera y se nota la presencia considerable de gaditanos.

Todo da la impresión de surgir de forma improvisada. Se respira cierto aire de familiaridad. De nuevo, los bares de la zona están repletos de clientes. Y el epicentro podría ser la plaza de la Flores, aunque no es el único. Estamos ante un lugar emblemático: la escalinata al edificio de correos. Es el escenario natural. La gente se organiza siguiendo la forma de la escalinata, que con su diseño semicircular es la estructura a seguir. Se produce un movimiento en el público, mientras las agrupaciones una canta y otras esperan su turno para hacerlo.

Se habla del Carnaval chiquito, el de los jartibles. La transgresión del carnaval no ha de tener límites. Una especie de manifestación desacralizada que ofendería si es tomada al pie de la letra. Dentro del contexto de un estado laico, la iniciativa se puede llegar a practicar y la respuesta así lo evidencia. El debate está servido y la posible provocación también. Pero el humor diluye las tensiones e imaginamos que muchos de los que ahí se dan cita no ocultan sus convicciones religiosas preparándose para la Semana Santa.

Allá queda el espíritu de Trento, que contó como eje de acción definir la doctrina de la Iglesia como respuesta a las diferentes herejías de los protestantes. Aquel concilio ecuménico en tiempos de los papas Paulo III, Julio III y Pío IV, a mediados del siglo XVI, recogía el sentir contrarreformista en la sesión I de apertura celebrada en 1545:

¿Tenéis a bien decretar y declarar la honra y gloria de la santa e individual Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, para aumento y exaltación de la fe y religión cristiana, extirpación de las herejías, paz y concordia de la Iglesia, reforma del clero y pueblo cristiano; y humillación y total ruina de los enemigos del nombre de Cristo, que el sagrado y general Concilio de Trento principio, y quede principiado? Respondieron los PP.: Así lo queremos. (López de Ayala, 1785, p. 29).

La ruptura se hace innegable. Lo del Corpus chiquito tiene como prioridad una procesión eucarística con la intención de evidenciar la centralidad en el Santísimo Sacramento, que se exemplifica con una procesión. Y el carnaval chiquito es un hijo menor de la gran fiesta de Cádiz que es el carnaval que se manifiesta con la puesta en escena de un día, o fin de semana, más de carnaval con agrupaciones de todo tipo, incluso, alguna que otra de renombre. No obstante, lo que más hay son las familiares, juveniles y romanceros. Las coincidencias costaría encontrarlas, sin embargo, hay que salir y disfrutar, pues en ambos casos la propuesta de cuantos más seamos, más razones tendremos, se torna un convencimiento. Lo del carnaval chiquito es una tradición que



habría que remontarla a 1987 con un grupo de incondicionales que no veían el final a sus pasiones.



Fuente: Diario de Cádiz

Lo que lo hace por partida doble transgresor es que la fiesta en la calle comienza el sábado, con una propuesta práctica similar. Ahora bien, para calentar el ánimo y la participación de los que aman esta fiesta.

Existen premios que se otorgan durante la semana de carnaval. Canal Sur, ente público de radio televisión autonómico, tiene instaurado la aguja de oro al mejor disfraz, otras peñas carnavalescas al mejor cuplé o estribillo, o bien alguna que otra entidad bancaria a la mejor letra de exaltación a Andalucía. Pero fuera de la fecha extensa del carnaval de Cádiz, se otea otro reconocimiento a las buenas agrupaciones que no obtuvieron un premio en el concurso oficial de agrupaciones, lo que aquí se llaman los “cajonazos”.

La jornada del fin de semana se acaba. Es hora de la retirada final. Es ya bien entrada la tarde-noche. Sigue habiendo gente en la calle. Pero toca retirada.

Despedida a la loa

Sin ser gaditano, viví en la calle Benjumeda. A un paso del Falla, de la plaza de San Antonio, de la calle la Torre o de la plaza de Abasto. Sin ser gaditano, estudié y me mezclé con sus gentes. Verdadero patrimonio inmaterial de la ciudad. Sin ser gaditano de nacimiento, pues soy brasileño, tengo en común que nací y viví entre bahías. Es decir, la de Cádiz y la de todos los santos en Salvador.

Sin ser gaditano me siento gaditano. Estudié su carnaval, hablé con sus gentes, hice una inmersión en el campo de estudio de lo gaditano. Sin ser gaditano, me atrae la gaditanología (la ciencia de lo gaditano). Sin ser gaditano, hoy me siento más gaditano todavía. Sin ser gaditano no olvido y agradezco.

He intentado hacer y construir una loa incompleta que habrá tenido un resultado imperfecto. Cercano a la autonarrativa, la etnografía tiñe este trabajo de investigación. He

contado mis impresiones. He loado y recordado. Y, por tanto, he vuelto a vivir en Cádiz, sin ser ni estar, ahora, en Cádiz.

No he exagerado. He contado tal como lo he sentido. He transmitido mis vivencias. He escrito y descrito parte de mis emociones, sensaciones y turbulencias gaditanas. El pretexto ha sido el carnaval. La particularidad del carnaval de Cádiz.

Referencias

- Bautista, C. (2021). Así sonó el 'Credo' de Juan Carlos Aragón en Sevilla. *ABC Sevilla*, 3/11/201. https://sevilla.abc.es/sevilla/sevi-sono-credo-juan-carlos-aragon-sevilla-202111031227_noticia.html#disqus_thread
- Bernal, D. (2008). Gades y su bahía en la antigüedad, reflexiones geoarqueológicas y asignaturas pendientes. *Revista Atlántica-Mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social*, 10, 267-308.
- Davis, F. (2010). *La comunicación no verbal*. Alianza.
- Eisenstein, S. (1982). *Cinematismo*. Domingo Cortizo Editor.
- Fernán Gómez, F. (2003). *El viaje a ninguna parte*. Cátedra.
- Garcían, B. (2003). *Oráculo manual y arte de prudencia*. El Cid editor.
- Gramsci, A. (1971). *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*. Nueva Visión.
- Lledó, E. (2010). *El concepto "Poiesis" en la filosofía griega: Heráclito, Sofistas, Platón*. Dykinson.
- López de Ayala, I. (1785). *El Sacrosanto y Ecuménico Concilio de Trento*. Imprenta Real.
- Marqués, N. (2020). *¡Que los dioses nos ayuden! Religiones, ritos y supersticiones de la antigua Roma*. Espasa.
- Noydens, B. R. (1666). *Historia moral del dios Momo: enseñanza de principes y subditos y libros destierro de novelas y libros de caballería*. Gregorio Rodríguez.
- Papa Francisco (2020). *Credo: una conversación con Marco Pozza*. Libreria Editrice Vaticana.
- Salguero, M. (2020). *Caminito del Falla 2: Veneno y fanáticos*. Editorial Letra Minúscula
- Süskind, P. (2008). *El Perfume. Historia de un asesino*. Seix Barral.
- Szczeklik, A. (2010). *Catarsis. Sobre el poder curativo de la naturaleza y del arte*. Acantilado.
- Villalobos, L. (2020). *Eterno febrero*. ExLibric